

■ Autora de cinco libros de poesía, la ensayista e investigadora de la literatura Fanny Rubio publica «La sal del chocolate», su primera incursión en el género narrativo

NARRATIVA ESPAÑOLA

Una perspectiva sólo airada

D

MANUEL LONGARES

ELACROIX colocó a la figura de la libertad con el seno desnudo y la bandera en la mano, a la vanguardia de la sublevación popular. Con el mismo énfasis pero en distinta trinchera desfilaron por nuestro país los misioneros y militares de Sáenz de Tejada. Quedaban tan altaneros y esbeltos —aunque decorasen un Valle de los Caídos— que la yerba no volvía a crecer por sus alrededores. De forma que cuando, mucho más tarde, alguien surgido de la cárcel y de la represión quiso enaltecer el heroísmo con los pinceles, hubo de adoptar la mirada «reparadora y crítica» de Veronés y rebozarse en barro.

En el nombre de Veronés —¿acaso el pintor Juan Genovés?— inicia Fanny Rubio la primera novela que publica. Fanny Rubio —nacida en 1949— es doctora en Filología Románica, profesora titular de la Complutense madrileña, ensayista e investigadora de la literatura, autora de cinco libros de poesía y de un relato breve: *A Madrid por capricho*. Mas, para lo que aquí nos convoca, Fanny Rubio es, en *La sal del chocolate*, testigo de la alteración en los comportamientos colectivos y en la escala de valores dominantes que se produce en España bajo el poder político de la generación a la que ella pertenece, esa que con el puño y la rosa diseñó la modernidad que abanderó el desencanto.

Han pasado diez años desde que diez millones de votos arrinconaron a Veronés. La ilusión de la modernidad laminaba la conciencia crítica del presente y el escepticismo razonable ante el porvenir. Veronés se exilió en algún lugar del Tercer Mundo «a meditar desde el cansancio y a renovarse en el murmullo de otra civilización». Y al regresar halló en España el danés olor a podrido que recuperaba una vivencia infantil: la de la sal del chocolate, esa onza que en vez de cacao contiene tierra, «el fraude de lodo» que se presenta como «trufa envenenada».

Las promesas incumplidas por el poder arrojan al cabo del tiempo un sabor salado. Así podría concretarse la transforma-



La sal del chocolate

Fanny Rubio. Editorial Seix Barral. Barcelona, 1992.



Fanny Rubio

ción operada en los que vinieron a cambiar el mundo. Por cómo se las gastaron se comprende que Franco muriera en la cama. Una conclusión que quizá comparta el desengañado Veronés, al que Fanny Rubio sitúa en su novela como contrapunto ético de los socialistas triunfadores.

Otros, al enfocar literariamente este proceso, se deslizaron por la nostalgia de las nieves de antaño y recordaron con empalago a los Beatles, los guateques y los cines de sesión continua. Pero la mirada de Veronés —donde la lucidez se nutre de amargura— no ofrece concesiones a la lástima. Y Fanny Rubio, al registrarlo en su novela con pulcritud notarial, transmite una evidencia desoladora: aquella libertad sin ira sólo puede contemplarse hoy desde una perspectiva airada.

En la óptica de este pintor —punto de vista de Fanny Rubio—, la historia se apiña en un cuadro generacional. Es la visión sincrónica de una mutación. Mediante enumeraciones sociológicas comparecen ante el objetivo del lector aquellos padres de Sáenz de Tejada, sus hijos rebeldes y los descendientes de éstos, víctimas de la cobardía de sus antepasados y resueltos a buscar en otro mundo lo que éste no les da. Quien lea esta novela recibe, además, junto a la letra de la canción protesta, el perfume de época: encierros de iglesias, vuelta de la tortilla, faldas de flores contra la guerra y «jerseys hechos a mano con agujas enormes».

El cronista Veronés plantó su caballete en un paisaje que expropiarán las multinacionales y donde unos ratones, empleados como instrumental científico y metáfora de la circunstancia, son piezas complementarias de esta diatriba contra la falsedad. La historia del cambio socialista a cargo de Fanny Rubio es una foto de familia pasada por el disolvente del ácido. Y para subrayar la indeclinable vocación simbólica del texto, un incendio remata este alegato contra la generación del 68.